



Juegos de poder en el seno de la guerrilla misquita (Nicaragua, 1981-1984)

Gilles Bataillon

1 DE MAYO DE 1984, MOSQUITIA HONDUREÑA¹

Al llegar al lugar de reunión ¡no encontramos a nadie! No obstante, el conductor estaciona la camioneta Toyota en un claro en medio de los pinos. En un lapso de veinte minutos ese trozo de sabana antes desierto hormiguea de personas: han llegado entre 250 y 350 combatientes, en pequeños grupos de veinte o treinta. El efecto es sobrecogedor: en lugar de llegar por una de las dos pistas que conducen al centro del claro, surgen de todas direcciones y convergen hacia nosotros como si fuese una perfecta maniobra de rodeo.

Aquí los uniformes, el paso redoblado y el porte militar no parecen sino recuerdos muy vagos. Los uniformes son harapos artísticamente reunidos; los pantalones y las gorras están cubiertos de graffiti o de botones recuperados de los uniformes de sandinistas muertos en combate. Las culatas de las armas están pintadas de rojo o de amarillo, decoradas con lemas, calcomanías –Granada, 1983; Nicaragua, 1984– o imágenes pías. Bajo guerreras se descubre, además, una variedad increíble de colgantes –cruces fabricadas en los materiales más diversos (madera, alambre, cierres de mochilas, dijes), balas de todo calibre, *tups* (saquitos de tela que parecen escapularios)– y camisetas con vistosos estampados. Por debajo de los cascos caen en cascada cabelleras más o menos lla-

Traducción del francés: Mario A. Zamudio Vega.

¹ Los hechos que se relatan en este estudio fueron recolectados en el transcurso de diferentes jornadas entre 1984 y 1985, y luego entre septiembre de 1997 y abril de 2001.



mativas, según el grado de mestizaje de sus dueños. A ese uniforme se agregan, en algunos casos, anteojos Ray Ban –verdaderos o falsos–, peines africanos, hondas y frascos de vitaminas cuyas tapas en forma de pescuezo sirven como amuletos de la suerte.

Tan pronto llegan, los guerrilleros hacen un vago saludo antes de disponerse en semicírculo en torno de la camioneta, sobre cuyo techo se ha subido Steadman Fagoth, el jefe del estado mayor. Una vez que los hombres se encuentran en su lugar, este inicia una exposición que dura más de una hora. Comienza por presentar la situación político-militar y por relatar sus contactos con Washington y con los otros grupos antisandinistas. Si se cree en lo que dice, las negociaciones con los “aliados” van por buen camino: los estadounidenses parecen haber reconocido el valor determinante de su lucha, tanto política como militarmente y, por lo mismo, en un futuro muy próximo estarían en disposición de apoyar prioritariamente a los misquitos. Así, hace énfasis en que los sacrificios de los combatientes no han sido en vano. Además, anuncia que el año de 1984 deberá ser determinante y que, gracias a los “aliados”, la guerrilla antisandinista podrá lanzar muy pronto una gran ofensiva. Enseguida evoca algunos problemas más específicos de la guerrilla misquita: la suerte de un grupo de guerrilleros, en operación al sur de Puerto Cabezas, con el que el estado mayor ha perdido contacto radial; a consecuencia de una borrachera monumental, dos comandantes miembros del estado mayor de MISURA descompusieron uno de los pocos vehículos a su disposición. Termina declarando, en fin, que mientras los dos borrachines no hagan el juramento de no volver a beber, se rehúsa a continuar asumiendo la función de jefe del estado mayor.

Durante todo ese tiempo, los que lo escuchan, lejos de hacerlo en posición de firmes, se toman muy en serio la orden de descanso y se echan sobre la hierba, cómodamente recargados en sus mochilas; beben agua traída en bidones, mordisquean galletas, intercambian cigarrillos, verifican un arma o un cargador, comentan y hacen bromas en voz baja o se ponen de pie para estirar las piernas o para ir a orinar.

Al término del discurso del *Viejo*, todos se vuelven hacia un grupo sentado un poco fuera del círculo. Ese grupo, blanco ahora de la atención, comprende



a tres comandantes: *Mono*, *Juan* y *Pajarito*. *Mono*, el que tomará la palabra durante más tiempo, es un hombre de 27 años de edad, pequeño, casi frágil. Toda su actitud respira humildad y seriedad; es uno de los raros guerrilleros que han mantenido cierta rigidez de apariencia militar; podría figurar al lado de un Ho Chi Min: la misma reserva exterior, la misma mesura, la misma meticulosidad. *Juan*, uno de los dos borrachines denunciado por Fagoth, tiene cerca de 35 años, lleva barba y bigote y hace gala de dos puñales: uno colgado del cinturón y el otro del tirante izquierdo de su tahalí. Él no dirá prácticamente ni una palabra, a pesar de que haya comentado ampliamente en voz baja los propósitos del jefe del estado mayor. *Pajarito*, un coloso de pinta negroide, es el benjamín del grupo. No deja de sonreír cuando habla, y cuando deja de hablar es para soltar la carcajada o para reír de la manera más franca del mundo. Luce la gorra a la manera de un jugador de beisbol, con la visera hacia la nuca, y no cesa de masticar briznas de hierba.

Después de un corto tiempo de espera, *Mono* toma la palabra. Comienza por describir la situación material de la guerrilla: el estado mayor, la radio, el hospital y las bases carecen de todo; la tropa vive en la penuria total y la comida comienza a faltar en ciertas bases; las condiciones sanitarias son desastrosas: un gran número de los hombres tiene diarreas y fiebres crónicas. Los refugiados, esto es, los familiares de los guerrilleros, padecen una situación igualmente deplorable: los 6 000 refugiados instalados en la orilla hondureña del río Coco viven desde 1982 un verdadero retorno a la vida primitiva. Han perdido todo a causa de su fuga; sin embargo, ni el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados ni las organizaciones no gubernamentales que trabajan en la región han querido tomarlos en cuenta, porque viven en la frontera, en “zona de guerra”. La única ayuda que les llega es la de los misquitos hondureños y la de MISURA. Enseguida hace notar que, aunque es cierto que los 20 000 refugiados reagrupados en los campamentos del ACNUR recibieron una ayuda a su llegada, desde entonces dicha ayuda no ha hecho sino disminuir; además, las tierras en las que se les ha instalado son claramente improductivas y los refugiados comienzan a pasar hambre. A resultas de todo ello, la moral de los combatientes ha bajado en picada; algunos guerrilleros se han desbandado



para tratar de ayudar a su familia e incluso unos cuantos han partido a Nicaragua para tratar de sobrevivir clandestinamente.

Ante todo eso, añade, lejos de buscar cómo corregir la situación, el estado mayor y su comandante en jefe se han vuelto más rígidos: el autoritarismo y la militarización parecen haberse convertido en los remedios para todo. El estado mayor, distraído marcadamente por la autojustificación o por la denuncia de los impugnadores, ya no piensa en función de ninguna estrategia y la situación militar se degrada día tras día; tampoco ha sido capaz de responder a las preguntas precisas que le ha hecho la tropa sobre la utilización de la ayuda que proporcionan los “aliados”; y lo mismo ocurre cuando alguien cuestiona la naturaleza de los acuerdos firmados con estos últimos.

En estas circunstancias, que juzga catastróficas, *Mono* exige que se organice una asamblea donde estén presentes no sólo los comandantes de tropa y los miembros del estado mayor sino también los de la comisión política de MISURA y los del consejo de ancianos, esto es, la máxima autoridad entre los indígenas en el exilio. Dicha asamblea tendría como agenda los puntos siguientes: un informe del estado mayor y de la comandancia política sobre el empleo de la ayuda enviada por los aliados; una explicación sobre los acuerdos firmados con estos últimos; una evaluación de la situación de los refugiados, y la elección de nuevos delegados al estado mayor y a la comisión política.

La mención de las últimas propuestas desencadena una oleada de murmullos entre la tropa, rumor que tiene el efecto de irritar profundamente a Steadman Fagoth. Se produce entonces una agria discusión entre él y *Pajarito*: el primero hace notar que la crítica es fácil y que le gustaría ver a los burlones en su lugar, mientras que el segundo le responde que su lugar y su poder sólo existen porque otros van a arriesgar la piel todos los días en la Mosquitia nicaragüense. Después de ese final más bien agitado, la tropa se dispersa mientras se hace la distribución de los escasos ejemplares de *MISURA*, el periódico que se publica bajo la dirección de la comisión política de la guerrilla. Y en tanto la tropa se arrebatada y comenta el segundo número del periódico, Steadman Fagoth y los otros comandantes continúan su discusión en un tono más tranquilo y terminan incluso por ponerse de acuerdo para organizar la asamblea exigida por *Mono* y deseada por la gran mayoría de los guerrilleros presentes.



El comportamiento y las actitudes de los diferentes participantes en la reunión –guerrilleros, comandantes y jefe del estado mayor–, al igual que las palabras intercambiadas en esa ocasión, invitan a interrogarse sobre ciertos aspectos poco conocidos y, no obstante, de capital importancia en la experiencia de la guerra de guerrillas. Así, la actitud misma de los guerrilleros y las propuestas de *Mono* constituyen otros tantos indicios sobre la incertidumbre en que viven tanto los guerrilleros y sus jefes como los refugiados que les sirven de base de apoyo. Asimismo, el enfrentamiento entre *Mono* y Steadman Fagoth permite comprender las manifestaciones concretas de las relaciones de poder en el seno de la guerrilla, pues por una parte se oscila entre la confianza en los líderes reconocidos, las relaciones negociadas entre estos últimos y sus tropas y la aceptación de la disciplina militar, y por otra las relaciones de fuerza y las decisiones arbitrarias impuestas *manu militari* como paliativos a las disensiones y a las dudas en el seno de la organización armada. Mi propósito consiste en analizar las formas de poder que se dan al interior de la guerrilla, los cimientos sobre los que se asienta y el liderazgo de Steadman Fagoth, así como el de los “comandantes” *Juan, Mono* y *Pajarito*.

UN MUNDO INCIERTO

La situación de los guerrilleros de MISURA ese 1 de mayo de 1984 no sólo es difícil militarmente hablando sino que tiene algo aún más importante: desde su partida al exilio en Honduras se encuentran en una posición nueva y, al mismo tiempo, en constante modificación; de ahí que muchos de ellos y sus familiares tengan el sentimiento de que se desenvuelven en un mundo incierto y particularmente inestable. Ese sentimiento va *in crescendo* después de los primeros entrenamientos militares y de los primeros combates. Al otro día de los enfrentamientos de Raití y San Carlos entre los guerrilleros y el ejército sandinista (diciembre de 1981), esas experiencias adquieren, en fin, una nueva dimensión debido a la destrucción causada por el ejército en las comunidades del río Coco, al desplazamiento forzado de sus habitantes hacia las aldeas estratégicas de Tasba Pri y a la fuga de una parte de la población a Honduras.



EL EXILIO Y EL APRENDIZAJE DE LA VIDA MILITAR
(ABRIL A NOVIEMBRE DE 1981)

La primera novedad para los jóvenes activistas de MISURASATA que huyen a Honduras en marzo y abril de 1981 no es un resultado únicamente del exilio geográfico o de la decisión de prepararse para entrar en guerra sino, más bien, de la desaparición de todos los mecanismos de regulación y encuadramiento que han conocido hasta entonces. Lo más importante son los imperativos de supervivencia en un plazo muy corto y el sentimiento de estar expuestos a la arbitrariedad. Hasta entonces, en efecto, tanto los jóvenes activistas como los pocos pastores que los han acompañado en su exilio habían vivido en un mundo con normas de una gran estabilidad: en las comunidades rurales los jóvenes vivían bajo el ojo vigilante de sus familias, de las autoridades religiosas –el consejo de ancianos de la Iglesia y el pastor– y de las nuevas autoridades civiles y militares surgidas de la revolución –los Comités de Defensa Sandinistas (CDS) y los puestos militares–; además recibían ayuda de las redes militantes de la nueva organización indigenista MISURASATA. Ahora bien, aunque los jóvenes gozaban de una mayor libertad respecto de sus familias o de la Iglesia en una ciudad pequeña como Puerto Cabezas o en un pueblo grande como Waspam, seguían en las otras redes de encuadramiento. De igual manera, aunque la experiencia de las campañas de alfabetización, tanto en español como en misquito, había sido la ocasión para muchos de liberarse de la tutela no sólo familiar sino también de la Iglesia y para descubrir lugares hasta entonces desconocidos, los alfabetizadores nunca habían podido actuar con una autonomía absoluta: habían procedido conforme a las directrices de MISURASATA, encuadrados por los dirigentes del movimiento indigenista. Y aunque la fuga de cientos de ellos a Honduras se hizo a iniciativa de los dirigentes intermedios de MISURASATA que organizaron las expresiones de protesta contra el arresto de los dirigentes del movimiento a consecuencia de la publicación de un manifiesto sobre los derechos de las comunidades indígenas a la tierra, tampoco gozarían de una mayor autonomía después de cruzar la frontera.

Una vez llegados a Honduras, los jóvenes activistas y los dirigentes intermedios de MISURASATA ya sólo contarán consigo mismos, y todos experimenta-



rán la miseria. De igual manera, los pastores ya no podrán contar con el apoyo material de sus comunidades; los dirigentes cesarán de percibir un salario y los más jóvenes se encontrarán sin ayuda familiar recíproca. Así, los exiliados se verán obligados a intercambiar sus ropas por comida, a aceptar pequeños trabajos o a recurrir a la mendicidad. Mientras que esperaban ser acogidos con los brazos abiertos por los misquitos hondureños de la región fronteriza, fueron vistos como promotores de disturbios; además, los instructores mestizos que ejercen su magisterio en la región están, en general, a favor de la revolución sandinista, por lo que no tardan en invitarlos a regresar a sus hogares. Asimismo, aunque ciertos militares hondureños en contacto con la CIA y los argentinos que entrenan a los ex guardias nacionales reagrupados en el seno de la Legión 15 de Septiembre, ven inmediatamente el partido que pueden sacar de esos jóvenes, otros ven en ellos “subversivos infiltrados”; en particular, sobre todo, después de que algunos de los exiliados emprendieron el regreso a Nicaragua y, a su llegada, denunciaron la ayuda que los hondureños prestan a la contrarrevolución. En consecuencia, hasta su partida a los primeros campos de adiestramiento en agosto de 1981, los futuros guerrilleros vivirán en la mayor miseria material y en la más grande angustia en cuanto al mañana.

Las primeras prácticas militares serán motivo de nuevas desilusiones. Sus instructores, ex miembros de la Guardia Nacional de Somoza, los consideran más bien como “carne de cañón” y tienen un comportamiento completamente racista hacia ellos. En consecuencia, el adiestramiento es de una rudeza extrema y, a veces, de lo más degradante; no contentos con agotarlos físicamente, sus instructores no se privan jamás de insultarlos de la manera más grosera. Además, sus condiciones de vida material casi no han mejorado. Apenas si se alimentan, por lo general no usan zapatos y se visten con andrajos. Encima de ello, a los pocos que se aventuran a protestar se les apalea y estigmatiza en público, mientras que a los “desertores” pura y simplemente se les ejecuta. Es decir, los guerrilleros se encuentran en una situación paradójica: habiendo partido con la idea de huir de la tiranía naciente de los sandinistas, llegan a un ambiente en donde privan la arbitrariedad y la violencia de los antiguos miembros de la Guardia Nacional aliados con algunos de sus dirigentes; asimismo, mientras que pensaban encontrar armas en Honduras, participar inmediatamente



en la guerra de guerrillas contra los sandinistas y hacerse amos de la Mosquitia en algunos meses, se ven confinados en campos de adiestramiento, reducidos a la impotencia, y en espera de armas, municiones, uniformes y zapatos, cuyo arribo se aplaza sin cesar.

Los primeros combates (diciembre de 1981)

Parte de los reclutas se va a amotinar, a constituirse en una guerrilla autónoma –los *cruces*– bajo la dirección de un misquito ex miembro de la Guardia Nacional –Nicodemo Serapio– y a entrar en combate en la zona de Raití, en los límites de la Mosquitia y el departamento de Jinotega. Apoyados por los habitantes de las comunidades que los han provisto de alimentos, ropa y armas de caza, los *cruces* van a tender emboscadas a las patrullas guardafronteras con el propósito de procurarse sus primeras armas automáticas, uniformes y zapatos de marcha. Orgullosos de sus primeros éxitos, en seguida van a atacar diferentes guarniciones pequeñas y a lograr destruir dos helicópteros de las Fuerzas Armadas Sandinistas (FAS); embriagados por estos golpes de mano y satisfechos con su nuevo poder de fuego, Nicodemo Serapio y su estado mayor van a apoderarse del puesto militar instalado en Raití y a ocupar durante dos días el pueblo (del 6 al 7 de diciembre de 1981); después atacarán San Carlos, matarán a todos los miembros de la guarnición y mutilarán atrozmente a algunos de ellos. Esas primeras acciones militares constituyen el comienzo de un combate sin piedad entre la guerrilla surgida del movimiento indigenista MISURASATA y los sandinistas; persuadidos de habérselas con un inicio de invasión –“Navidad Roja”– apoyada por los servicios secretos estadounidenses y el ejército hondureño, los militares sandinistas van a reaccionar con una brutalidad singular: lanzan una contraofensiva en las zonas de Raití y San Carlos (del 22 al 26 de diciembre de 1981), se vengan de sus pérdidas masacrando a varias decenas de mineros misquitos en Leimus, organizan el desplazamiento forzado de los habitantes de las comunidades del río Coco a partir de los primeros días de enero y después incendian todos los pueblos evacuados. La segunda consecuencia de esos primeros enfrentamientos militares va a ser la huida de una decena de miles de habitantes, de las aproximadamente cuarenta comunidades despla-



das, hacia Honduras, donde los acogen los guerrilleros de MISURASATA y los *cruces* y después los toma a su cargo el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. La tercera consecuencia es que los estadounidenses, que hasta entonces medían muy tacañamente su apoyo a los exiliados misquitos y no cesaban de diferir el envío de una ayuda más sustancial a la guerrilla de MISURASATA, les aportan en lo sucesivo una importante ayuda y los toman en cuenta en su estrategia de contención de la revolución sandinista.

LAS DESILUSIONES Y LA INCERTIDUMBRE DE LA GUERRA (1982 A 1984)

Las primeras concesiones de armas y alimentos van acompañadas de la toma del control por los consejeros militares estadounidenses. Se reintegran los *cruces* a las tropas de MISURA y se reorganiza al conjunto de los guerrilleros en diferentes fuerzas, a las que se les asignan operaciones de sabotaje diseñadas como ataques de comando para preparar el terreno a una intervención militar clásica, semejante a la intervención estadounidense en Santo Domingo; así, se envía a diferentes tropas a paralizar las actividades mineras en la zona de Bonanza y Rosita, en los confines de la Mosquitia, y las de las empresas forestales al norte de Puerto Cabezas. A otras se les encarga preparar emboscadas contra los convoyes militares o atacar los puestos militares fronterizos situados en los pueblos misquitos parcialmente destruidos y en la zona litoral, hasta el sur de Puerto Cabezas, y, en fin, hacia el campo fortificado de la Tronquera. Aunque algunas de las operaciones se ven coronadas por el éxito, como los ataques a los puestos militares fronterizos de Leimus, Waspam o Bilwaskarma o el de la explotación forestal de Sucatpin, otras, como las operaciones en la zona minera, se convierten en un fiasco, y algunas, como el intento de tomar la Tronquera, en catástrofe. En efecto, con ocasión de los golpes de mano en la frontera, a semejanza de los que habían realizado los *cruces*, los guerrilleros logran infligir numerosas pérdidas a los soldados sandinistas, mientras que ellos pierden muy pocos hombres. La situación es muy diferente en la zona del litoral y aún más en las montañas de Rosita y Bonanza. Los guerrilleros deben combatir a varios días de camino de la frontera, en zonas ahora deshabitadas a consecuencia del desplazamiento de la población, donde además están acantonadas tropas san-



dinistas que pueden contar con el apoyo de un campesinado mestizo ganado en parte por la revolución. Asimismo, los guerrilleros tienen que pasar por la experiencia de las marchas extenuantes con poco o ningún alimento y de combates inciertos en los que sus comandantes no conocen bien el terreno y en los que sufren numerosas bajas. También descubren las retiradas, que son huidas en completo desorden y singularmente dolorosas para los heridos.

Aunque satisfacen a muchos guerrilleros desesperados por entrar en combate y vengarse de las humillaciones de los sandinistas, esas primeras acciones tienen consecuencias inesperadas que inquietan a más de uno. El deseo de venganza iba acompañado de la idea de que la guerra sería corta y que regresarían muy pronto como vencedores a sus comunidades y a Puerto Cabezas; algunos estaban convencidos de que tendrían un retorno triunfal semejante al de las columnas sandinistas que entraron en Managua al día siguiente de la caída de Somoza. Los combates de 1982 y 1983 no tardaron en persuadirlos de lo contrario. Para empezar, todos tuvieron la experiencia del temor a la muerte, así como de la obsesión de ver su cadáver abandonado sin sepultura o, peor aún, mutilado por sus enemigos. Muchos explican sus reveses por la presencia de “infiltrados” o por la “traición”, mientras que otros sugieren que los sandinistas practican la magia negra; así, vemos que se incrementan los rituales religiosos o mágicos destinados a conjurar la mala suerte. Desde el comienzo de su exilio los futuros guerrilleros han multiplicado las oraciones colectivas bajo la dirección del reverendo Tillith Mollin, el cual mezcla en sus oraciones citas del Éxodo, comparando a los dirigentes sandinistas con el Faraón y a los misquitos con el pueblo judío, y los recuerdos del pasado guerrero de los misquitos al lado de los ingleses durante la época colonial; y vuelve a dar actualidad a la creencia según la cual la reina Victoria exigió en su lecho de muerte “que no se olvide a sus hijos los misquitos”, y que en caso de dificultades con los españoles se les envíe una fragata cargada de armas, y muchos futuros guerrilleros orarán porque lleguen las armas de la fragata. Poniendo al día una leyenda misquita, otros buscan una liana que los hará invisibles, a semejanza de la que poseían sus antepasados y que les permitía escapar de las manos de un rey tiránico; otros más parten en busca de curanderos capaces de darles o venderles un *tup*, esto es, un poder mágico individual; otros dicen que entran en contacto



con fuerzas extraterrestres. Hay incluso momentos en que los pastores invitan a los refugiados a orar para apoyar a los combatientes.

Ese sentimiento de precariedad no tiene su explicación únicamente en los azares del combate sino también en el clima de cacería de brujas que reina tanto entre los guerrilleros como entre los refugiados. Desde la llegada de Steadman Fagoth, el representante de MISURASATA ante el consejo de estado (el órgano legislativo provisional de la revolución sandinista) convertido en comandante en jefe de la guerrilla, las disensiones no han cesado. Mientras que, desde su huida a Honduras, Fagoth es partidario de transformar MISURASATA en un movimiento armado, otros dirigentes no lo ven así. Dos mujeres, Hazel Law y Myrna Cunningham, tienen la intención de mantener una alianza privilegiada con los sandinistas. Por su parte, Brooklyn Rivera y Armstrong Wiggins tratan de negociar con los sandinistas hasta finales de 1981, antes de emprender la huida; ahora bien, el primero se pone en contacto con los sandinistas disidentes reagrupados en torno a Edén Pastora y pronto se reúne con ellos en Costa Rica, donde reivindica para sí y sus allegados la denominación MISURASATA. Por su parte, Fagoth prefiere la alianza con los ex miembros de la Guardia Nacional somocista y sus mentores argentinos y estadounidenses y bautiza a su movimiento como MISURA. Las discusiones originadas por las disensiones no son en absoluto amigables. Algunos guerrilleros cercanos a Fagoth al principio violan a Myrna Cunningham para castigarla por seguir siendo fiel a los sandinistas y después se pasan al lado de Rivera. Ello no impide que este último no sólo denuncie la violación como obra de los partidarios de Fagoth sino que además vilipendie la alianza de MISURA con los “guardias genocidas”. Fagoth no se queda callado ante esa retórica y estigmatiza sin tregua a los “comunistas emboscados de MISURASATA y la ARDE”, el movimiento de Edén Pastora. Las luchas entre las fracciones dirigentes forman parte de los ajustes de cuentas locales, a menudo feroces; ya hemos visto cómo, desde mediados de 1981, los recalcitrantes habían sido ejecutados con ocasión de las primeras prácticas militares. De la misma manera, con motivo del motín de los *crucés*, el estado mayor de MISURA enviará a un puñado de guardias nacionales a tratar de “liquidar”, sin éxito, a sus opositores. Y en los siguientes días, numerosos opositores serán ejecutados, tanto entre las filas de los simples reclutas como entre algunos co-



mandantes. Los miembros del primer estado mayor de MISURA que habían tenido la mala suerte de discutir lo bien fundado de la operación de la Tronquera escapan a un intento de asesinato y deben su salvación a la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y, después, a su partida a España en calidad de refugiados políticos. Asimismo, apresado por los militares hondureños a solicitud de Fagoth, Brooklyn Rivera no “desaparece” gracias a la intervención de un colaborador del Alto Comisionado. Por eso muchos combatientes forman una especie de alianzas secretas de dos o tres personas –las *ligas*–, ya sea entre amigos, entre hermanos o entre medios hermanos. La *liga* implica informar al aliado de toda operación que se trame en su contra. Los de las *ligas* juran darse sepultura en caso de muerte en combate para evitar la profanación del cadáver.

Esa desconfianza y el sentimiento de precariedad afectan también a los refugiados. Los *comunitarios*, engañados a menudo por los guerrilleros, habían creído que la guerra sería corta y que serían bien recibidos en Honduras; sin embargo, muchos quedaron traumatizados por su huida a Honduras, tanto más cuanto que presenciaron desde la ribera hondureña del río el incendio de su pueblo, la matanza del ganado, y el saqueo por parte de los militares sandinistas. Muchos de los miembros de las organizaciones caritativas presentes en Mocerón los ven con suspicacia, algunos incluso les expresan con toda claridad su deseo de verlos regresar a Nicaragua, y, también, son incapaces de protegerlos del reclutamiento forzado de la guerrilla o de los abusos de los militares hondureños. Por su parte, los misquitos dudan en recurrir al Alto Comisionado, pues lo consideran un aliado de los sandinistas; los militares hondureños declaran que no están ahí para hacer “turismo”, sino que sólo se les tolera con la condición de “luchar contra el comunismo”, y amenazan con regresar a Nicaragua a los recalcitrantes. La amenaza se toma muy en serio, tanto más cuanto que, a principios de 1982, los sandinistas condenaron a penas de prisión muy largas a decenas de misquitos de quienes se sospechaba que colaboraban con la guerrilla. Y las pocas personas que escaparon de las aldeas estratégicas de Tasba Pri y se refugiaron en Honduras denunciaron la situación de vida cuasi-carcelaria de los desplazados y las sospechas que pesaban sobre ellos.



LA PREEMINENCIA DEL COMANDANTE EN JEFE

Si bien el 1 de mayo de 1984 marca los primeros momentos en que se pone en tela de juicio el poder discrecional de Steadman Fagoth sobre los guerrilleros de MISURA, lo cierto es que hasta esa fecha Fagoth ha ocupado un lugar preeminente, primero en el seno del movimiento indigenista y después en el de la guerrilla. Ese lugar se debe, innegablemente, tanto a sus orígenes sociales como a sus cualidades oratorias y a su audacia política.

LAS FACULTADES CARISMÁTICAS DE STEADMAN FAGOTH

Hijo de padre alemán, surgido de una línea de mineros que vinieron a hacer fortuna en la Mosquitia a principios del siglo xx, y de madre misquita, Steadman Fagoth creció en el seno de una de las buenas familias mestizas del río Coco. Sus padres y tíos forman parte de las familias bien nacidas y, al mismo tiempo, dotadas de cierta fortuna. No parece que haya un vínculo entre los Fagoth y la iglesia morava, que constituye el poder moral y espiritual de la Mosquitia nicaragüense y hondureña; en cambio, figuran entre las familias poderosas, económicamente hablando: son compradores de oro, al igual que comerciantes de arroz, frijol y ganado. Una de las hermanas está casada con un oficial de la Guardia Nacional de Somoza, mientras que otra es una institutriz conocida por su talento como folclorista. Los contactos familiares con la Guardia Nacional no han impedido que uno de los tíos de Steadman, un medio hermano de su padre, nacido del nuevo matrimonio del abuelo con una misquita, se encuentre entre los fundadores de ALPROMISU. A todo lo largo de la época somocista, la familia Fagoth Muller, a pesar de ser mestiza, se afirma como germano-nicaragüense, haciendo poco caso de sus orígenes misquitos. Todos los hijos son completamente bilingües, en español y misquito, y algunos de ellos, como Steadman, también hablan inglés, lengua apreciada por los Fagoth Muller, que son germano-estadounidenses.

A diferencia de muchos de los futuros “comandantes” de la guerrilla, Steadman Fagoth no tiene ningún pasado militar, ni en las juventudes de ALPROMISU ni en la Iglesia morava; en cambio, ha recibido una buena educación secunda-



ria y tanto su condición de bachiller como los contactos de su familia con la Guardia Nacional le han permitido formar parte del pequeño número de habitantes de la costa atlántica que cursa estudios superiores en las ciudades del Pacífico; estudia biología en la Universidad de Managua y conoce a los otros futuros dirigentes de MISURASATA: Myrna Cunningham, Hazel Law, Brooklyn Rivera y Armstrong Wiggins, todos ellos misquitos; establece sus primeros contactos con los militantes sandinistas y lo arresta la policía de Somoza. Simpatizante, más que militante, pronto queda libre debido tal vez tanto a la intervención de su cuñado como a la promesa de pasar información. Según los que lo conocieron al final del régimen de Somoza en el seno del efímero MEC, el Movimiento de los Estudiantes de la Costa Atlántica, él tuvo la idea de intermediar entre los futuros dirigentes sandinistas y la costa atlántica. Así, a finales de 1978 y principios de 1979, se pone en contacto con los representantes del Frente Amplio de Oposición y con los sandinistas, y confiado en esos primeros enlaces se dirige a la costa atlántica inmediatamente después de que Somoza es depuesto.

Sus raíces le dieron una ventaja considerable en sus relaciones tanto con los misquitos como con los sandinistas, y más tarde con sus mentores hondureños y estadounidenses. A partir del siglo XVI los misquitos estuvieron en contacto con los occidentales, con los filibusteros ingleses y franceses y, más tarde, con la Corona británica. El mestizaje y las imitaciones del mundo occidental no español fueron siempre muy valorados; la memoria colectiva tiene en gran estima la alianza guerrera y comercial con los británicos que permitió resistir a la colonización española; asimismo, ha mantenido vivo el recuerdo del protectorado británico sobre el reino independiente de la Mosquitia hasta 1894. De igual manera, entre los misquitos existe un prejuicio favorable hacia los alemanes, debido a que los que llegaron a evangelizar a los misquitos a finales del siglo XIX fueron los pastores moravos alemanes. Lejos de dañar sus relaciones con los misquitos, los orígenes germano-estadounidenses de Fagoth y sus estudios de nivel superior le permitieron servir de intermediario obligatorio, primero con los sandinistas y más tarde con la oposición antisandinista, pues tanto los primeros como los segundos están llenos de prejuicios racistas y no hablan una palabra de misquito.



LA CREACIÓN DEL CARISMA

Steadman Fagoth y sus allegados del MEC que pronto habrán de constituir la dirección de MISURASATA empiezan bajo la protección del Frente Sandinista. La situación que reina en la Mosquitia está llena de dificultades para los sandinistas. Sus pocos enlaces en la región, los instructores que habían ido a ejercer su profesión en Puerto Cabezas, han salido de la región y algunos, como Peter Ferrera, murieron durante los últimos combates contra la Guardia Nacional. Los dirigentes de ALPROMISU están bajo sospecha, pues esa organización ha sido tolerada en gran parte por Somoza. El más célebre de ellos, un músico llamado Lester Athers, fue incluso arrestado en septiembre por el hijo de un comerciante somocista que se pasó al frente; ansioso de vengar a su madre, que tuvo una disputa con ALPROMISU porque ésta denunció sus actividades de acaparadora, acusó a Lester Athers de separatismo y, sin más averiguaciones, los militares sandinistas lo ejecutaron clandestinamente en octubre de 1979. Por lo demás, los pocos somocistas notables, tanto de Waspam, en la región minera, como de Puerto Cabezas y Bluefields, partieron al exilio en las horas que siguieron a la caída de Somoza. En consecuencia, la vía ha quedado libre para los jóvenes revolucionarios del MEC que gracias a su afiliación con las notables locales son capaces de arreglar los problemas prácticos que enfrentan los militares sandinistas. Steadman Fagoth, despabilado, dotado de una rara audacia y además excelente orador, se convierte en un personaje central, y el 11 de noviembre de 1979, con motivo de la refundación del movimiento indigenista, es uno de los partidarios más ardientes de la alianza con los sandinistas, a tal grado que algunos de los otros dirigentes de MISURASATA, como Armstrong Wiggins, se muestran recelosos. Esa relación privilegiada con los sandinistas lo lleva a la lucha contra las otras fracciones de los oponentes a Somoza; ello no le impide pronunciar los discursos más inflamados en favor de los derechos indígenas ante los misquitos ni presentarse como el continuador de los reyes misquitos. Lleva su audacia incluso hasta sostener esos propósitos con ocasión de la asamblea de fundación de MISURASATA, en presencia de Daniel Ortega y de otras autoridades sandinistas, que no dicen palabra. Impulsa a los jóvenes activistas, que participan tanto en la campaña de alfabetización en lenguas vernáculas



como en la de defensa de las tierras y los bosques reivindicados por las comunidades, y en la toma de control de los sindicatos de mineros o de las cooperativas de pesca. Esa posición estratégica, al igual que la adulación de que es objeto por parte de los jóvenes activistas, le otorgan una extraordinaria capacidad de acción. Así, obtiene algunos medios del gobierno central para MISURASATA y localmente puede movilizar en su beneficio una parte de los medios de transporte del Estado, lo que le vale el apoyo de las redes familiares de los activistas; su poder es tal que muchos de sus partidarios dicen, en serio y en broma, que pronto será como un nuevo rey misquito.

El 17 de febrero de 1981 su arresto, junto con el de una treintena de dirigentes de la organización indígena, bajo la acusación de separatismo, hace de él un mártir. Mientras que los otros dirigentes son liberados rápidamente ante las manifestaciones de protesta organizadas por los militantes alfabetizadores, él permanece en prisión durante cerca de dos meses. Sometido a tortura, hace una confesión pública –acusándose no sólo de haber sido informador de la policía somocista y agente de la CIA, sino de estar a la cabeza de un complot separatista– y, en fin, acepta salir a continuar sus estudios en un país del bloque soviético. Así, cuando aprovecha una última visita a su padre agonizante para emprender la huida a Honduras, los jóvenes exiliados, que ven en él una especie de nuevo Moisés, lo acogen como héroe. La paradoja es que, en un primer momento, los prejuicios racistas y la carencia total de sentido político tanto de los militares hondureños y argentinos como de los miembros de la CIA, van a hacer que estos últimos evalúen más que parcamente los medios de la guerrilla indígena, pues su idea consiste en mantener bajo su dominio a esos aproximadamente doscientos o trescientos jóvenes, sin prepararlos y sin darles armas. No descubrirán todo el partido que pueden sacar de ellos sino como consecuencia del exilio de decenas de miles de misquitos después de los combates de los *cruces*. En ese momento, todo el genio de Fagoth consistirá en afirmar que, lejos de ser combatientes en rebelión contra él, los *cruces*, por el contrario, han actuado por su propia iniciativa. Asimismo, destacará muy hábilmente el hecho de que, antes que los altercados de los clanes conservadores o de los campesinos de las regiones centrales con el nuevo aparato de Estado revolucionario, lo que tiene la capacidad de movilizar la atención de los comisio-



nados de los derechos humanos contra los sandinistas son las persecuciones de que son víctima los misquitos. Y, lo que es mejor, expone con soltura que su combate no se parecerá en nada al de los revanchistas del antiguo régimen, a semejanza del de los guardias nacionales reagrupados en torno de la Legión 15 de Septiembre.

Dotado de fondos (propaganda, alimentos y uniformes), abastecido de armas y municiones, con la posibilidad de enviar gente a formarse con las fuerzas armadas hondureñas, Fagoth se transforma en un verdadero “señor de la guerra”. Esos primeros recursos le permiten recompensar a sus partidarios más fieles, todos tienen acceso a múltiples gratificaciones materiales con las que pueden ayudar a sus familias en el exilio o complacer a una amante. A algunos se les invita a giras de propaganda por Estados Unidos y Europa y a darse durante algunos días la “gran vida”. La constitución de un cuerpo de comandantes devotos del nuevo jefe del estado mayor se fortalece a través de relaciones de privilegio con los militares hondureños. Una parte de las armas y municiones suministradas a la guerrilla se cede gratuitamente a los militares a cargo de la Mosquitia hondureña, quienes las revenden inmediatamente en el mercado negro, incluso, a los guerrilleros salvadoreños o a los traficantes de armas. Sus buenas maneras con los oficiales hondureños le valen a Steadman Fagoth su apoyo en las luchas intestinas del movimiento indigenista. Así, Brooklyn Rivera, quien trata de disputarle el liderazgo, es arrestado y enviado a prisión arbitrariamente por los militares, al igual que algunos otros de sus opositores.

Por otro lado, esos recursos le permiten constituir un organismo que se supone representa a los refugiados misquitos: el consejo de ancianos. El nombre viene en parte de una institución de la Iglesia morava: el consejo de ancianos de las diferentes parroquias que, compuesto por los fieles más ancianos nombrados colegiadamente, tiene como misión asistir al pastor en sus diferentes funciones; y en parte en la experiencia de ALPROMISU y MISURASATA, cuyos primeros dirigentes convocaron a asambleas de fundación en las que participaron dos o tres delegados por comunidad; asimismo, copia otra forma política amerindia hecha célebre por los iroqueses. De hecho, el consejo está poblado de favoritos de Fagoth, que en su gran mayoría son allegados de la antigua Guardia Nacional y algunos de los cuales ni siquiera son misquitos.



UN PODER POLÍTICO-MILITAR FRÁGIL

Aunque ha sabido utilizar muy hábilmente las acciones de los *cruces* para persuadir a los estadounidenses de la capacidad militar de los misquitos y gracias a ello obtener importantes medios, Fagoth se ha colocado en una posición bastante peligrosa, puesto que debe demostrar que sus guerrilleros no sólo han sido capaces de dar una serie de golpes de mano particularmente espectaculares en 1981, sino que pueden hacerlo una y otra vez. De ahí su voluntad de tomar por asalto la principal base sandinista de la frontera hondureña, si bien su sonoro fracaso no levantó dudas entre sus proveedores de fondos. De igual manera, su política militar es ampliamente criticada por su primer estado mayor, y sus intentos por acallar a sus miembros mediante el asesinato fracasa debido a que éstos han sabido colocarse a tiempo bajo la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Algunos descubren que no es todopoderoso y comienzan a conspirar en su contra. El reparto de favores no ha dejado de provocar celos en el seno de la guerrilla. Su donjuanismo violenta a aquellos a quienes envía a combate para que él pueda cortejar a sus novias; asimismo, mientras que tolera que los instructores salidos de la Guardia Nacional o ciertos “comandantes” tengan una amante, persigue a otros dos, reconocidos por su valor en combate, porque tienen la mala suerte de gustar a dos de sus hermanas. Eso le atrae numerosas puyas y hace de sus cuñados otros tantos críticos.

Las impugnaciones entre los refugiados y en el seno de MISURA van a aumentar con la aparición en Costa Rica de los allegados de Edén Pastora, ante quien se presenta Brooklyn Rivera. Éste, que fue enviado a prisión de la manera más arbitraria por los militares hondureños a solicitud de Fagoth, denuncia el autoritarismo dictatorial de este último, así como su colusión con el ejército hondureño, y señala a la opinión internacional el reclutamiento forzado en los campamentos. Pronto, las denuncias de Pastora y de Brooklyn Rivera son tales que los estadounidenses se ven obligados a apoyar ese movimiento de oposición al sandinismo para no parecer simples partidarios del regreso al *statu quo* anterior. De la misma manera, a mediados de 1982 parte de los opositores a Fagoth estará en condiciones de ganarse a Costa Rica para su causa.



Al mismo tiempo, la afluencia de refugiados a principios de 1982 ayuda a Fagoth. La destrucción sistemática de los pueblos fronterizos y el desplazamiento forzado de sus pobladores proporcionan argumentos y reclutas, pero obligan a Fagoth a aceptar la designación de nuevos miembros del consejo de ancianos. Y por ello el consejo, en lo sucesivo más pluralista y más emancipado de la tutela del comandante en jefe de la guerrilla, se convierte en lugar de debates entre los propios misquitos y en la instancia de negociación entre los refugiados y el Alto Comisionado.

EL CONTRAPODER DE LOS “COMANDANTES”

La exigencia de que se convocara a una asamblea de “comandantes” marca el surgimiento de un contrapoder en el seno de la guerrilla. Aunque, en muchos sentidos, los comandantes son de Fagoth, tanto su papel militar como la acumulación de una experiencia propia, esencial para la buena marcha de la guerra, les da un peso creciente. Sobre esas bases van a negociar tanto su posición como las opciones político-militares cuando el poder de Fagoth se ve debilitado por la suspensión de la ayuda estadounidense y por la aparición de un estado mayor indígena rival, el de Brooklyn Rivera, quien se beneficia del maná estadounidense.

Los comandantes se han convertido en actores de primer plano debido a la guerra. En efecto, aunque los miembros del primer estado mayor de Fagoth fueron los responsables de la campaña de alfabetización sobre el río Coco, todos los demás salieron de las filas de los jóvenes activistas que huyeron a Honduras, y ninguno o casi ninguno adquirió un papel preeminente sino en las primeras operaciones militares. Entre esa primera ola de jóvenes exiliados y los más disciplinados y resistentes, Fagoth seleccionó a sus primeros “oficiales”; algunos recibieron una formación específica en el ejército hondureño y a veces de oficiales guatemaltecos o argentinos especializados en contraguerrilla.

Los primeros combates marcaron una primera división entre los *soyas* y los *runqueros*, denominaciones que surgieron espontáneamente entre los guerrilleros debido a los hechos de armas de unos y otros. Los primeros deben su sobrenombre a su pronunciado gusto por las “gachas” –hechas con *soya*– que dis-



tribuían en los campamentos los empleados del Alto Comisionado. Lo anterior quería decir que aquellos dependientes de Fagoth a los que les gustaba hacerse los valentones en la retaguardia eran los menos hábiles para la lucha y los que obedecían sin chistar sus órdenes más dudosas, sobre todo las de perseguir o asesinar a supuestos “traidores a la causa”. Estaban a cargo de la logística, de las armas, de los alimentos o de la inteligencia, puestos envidiados porque eran lucrativos y al mismo tiempo poco peligrosos, pero que también les valieron, y muy pronto, la reputación de aprovechados y de “emboscados”. Si se les temía a veces, su cobardía y total incompetencia militar los hicieron objeto de las burlas y el desprecio de los combatientes.

A los otros –los *runqueros*: camorristas–, aunque no siempre se les envidia, sí son reconocidos tanto por los refugiados como por los combatientes. A diferencia de los *soyas*, los *runqueros* se ganan un peso propio, no sólo por su habilidad en el combate sino también por su capacidad para sobrevivir en las zonas de guerra, a veces muy alejadas de su retaguardia hondureña. Debido a su excelente comportamiento en las batallas contra los sandinistas, obtienen lo mejor de las armas suministradas por los estadounidenses y son de los más hábiles para recuperar armas, al igual que víveres, del enemigo. Su capacidad para llevar información sobre la situación sandinista les vale un acceso directo, ya sea a Steadman Fagoth, a los responsables de la inteligencia en el ejército hondureño y, también, a ciertos agentes de la CIA. Su éxito en operaciones sobre la frontera los hace ganarse la simpatía de los oficiales hondureños y les vale algunos menús privilegiados tanto a ellos como a sus hombres. Aunque, en principio, los combatientes misquitos se mantienen acantonados en sus bases cuando no están llevando a cabo acciones en Nicaragua, los guerrilleros más combativos obtienen permisos para visitar a sus familias en los campamentos. Los oficiales del 5º Batallón invitan incluso a algunos comandantes a festejar en los bares de Puerto Lempira. Sus contactos con las autoridades hondureñas les permiten también algunos tráficos menudos de lo recuperado al enemigo, tanto armas soviéticas, que se convierten en lo más “chic” entre los oficiales hondureños, como ganado, loros, monos o pieles de felinos.

La calidad militar de varios de los *runqueros* se ve fortalecida por una especie de aura mágico-religiosa. Algunos de ellos han obtenido *tups*. Sus primeros



éxitos son la prueba de la fuerza de sus poderes mágicos. Muchos de ellos creen, al igual que sus hombres, que esos conjuros son protecciones muy eficaces que evitan caer en las emboscadas o que permiten escabullirse del enemigo cuando se es perseguido con ocasión de una retirada. Otros tienen, debido a su piedad, la reputación de estar protegidos por el Creador, quien les ha concedido una ayuda milagrosa. Así, durante ciertos ataques en noches de plenilunio de la temporada de secas, en terreno descubierto, un comandante, juzgando imposible el ataque debido a la presencia de centinelas, se puso a orar con sus hombres para obtener la ayuda del Señor. Poco después, cuando se aprestaban a replegarse, advirtieron de pronto la formación de unas nubes y poco después estalló una tormenta formidable que hizo que los centinelas entraran a sus casamatas. Gracias a ello el comandante pudo lanzar el asalto con éxito. Tales milagros pesan en la reputación de ciertos comandantes, como *Mono*. Su muy estricto respeto de los mandamientos religiosos y sus buenas maneras con la población civil y con los prisioneros habrían de ser asociados a esos milagros y él podría exigir mucho más a sus guerrilleros.

Así, en 1982 y 1983 los *rungueros* aumentan su poder de negociación con Steadman Fagoth y su estado mayor. En efecto, aunque el comandante en jefe puede contar con los *soyas*, tanto él como su camarilla dependen más cada día de los *rungueros*, cuya reputación va en aumento. En efecto, el trato hecho por Fagoth con sus proveedores de fondos es claro: él recibe una ayuda financiera y militar en función de sus resultados militares. Ahora bien, esos resultados son los de los *rungueros*. Esos comandantes no tardan en ser cortejados por los aliados rivales de los diferentes grupos de la *contra*. Algunos de los dirigentes de la Legión 15 de Septiembre que han cambiado de piel en el seno de las Fuerzas Democráticas Nicaragüenses (FDN) sueñan con atraer a ciertos comandantes misquitos con el propósito de constituir un frente atlántico y deshacerse por completo de su imagen de revanchistas y nostálgicos de la época somocista. De igual manera, Edén Pastora y Brooklyn Rivera aspiran a formar una alianza de los sandinistas disidentes con los misquitos para aislar a los miembros del FDN que reciben el grueso de la ayuda estadounidense. En ciertos casos esos contactos van incluso a traducirse en un apoyo logístico del FDN a ciertos comandantes que operan en la región de las minas, y del ARDE-MISURASATA



a los que operan al sur de Puerto Cabezas. Algunos *runqueros* establecen contacto con los comandantes dirigidos por Brooklyn Rivera desde Costa Rica y, sin jamás referirse a su jerarquía, en ocasiones montan operaciones en común o se prestan ayuda. Ciertos *runqueros*, en desacuerdo con los arreglos de cuentas llevados a cabo por Fagoth, advierten a algunos comandantes ahora integrados a las filas de Brooklyn Rivera, que Fagoth ha lanzado grupos de asesinos en su persecución.

EL SURGIMIENTO DEL CONTRAPODER

A principios de 1984 la suspensión de la ayuda estadounidense crea un contexto favorable para los *runqueros*. Muchísimos de sus partidarios, que eran ante todo aficionados de sus larguezas, dejan de apoyarlo incondicionalmente. Ciertamente número de guerrilleros, abatidos por los combates mal preparados, llegan a dudar de que algún día puedan derrotar a los sandinistas. Para mala suerte de Steadman Fagoth, la suspensión temporal de la ayuda estadounidense a la *contra* coincide con otros fenómenos que también lo debilitan. Organizaciones de defensa de los derechos humanos y la prensa internacional multiplican los informes sobre las acciones clandestinas de los Estados Unidos en Centroamérica y las exacciones de la *contra*, lo que hace que el Congreso frunza aún más el ceño. Asimismo, los esfuerzos desplegados por los países del Grupo Contadora, al igual que el anuncio de próximas elecciones que hacen los sandinistas, son otros tantos argumentos que junto con la guerra obligarán a los sandinistas a la democratización. De igual manera, los responsables de las fuerzas armadas hondureñas se ven precisados a adoptar otra actitud y se vuelven menos tolerantes con los guerrilleros.

En ese contexto de gran incertidumbre, los comandantes *runqueros* se presentan como un recurso posible. No todos están ferozmente en contra de Steadman Fagoth, muy por el contrario; pero, aun los que reconocen el talento y la capacidad de Fagoth están cansados de sus maneras dictatoriales y de su corte de aprovechados. Los guerrilleros que reconocen la experiencia de los *runqueros* ven en ellos un recurso posible ante los enfrentamientos entre los partidarios de Fagoth y los de Brooklyn Rivera. Los refugiados que se ha-



bían hecho los importantes y seguido sin refunfuñar demasiado las directivas de Fagoth también aspiran a otras relaciones de poder; pensando que el reclutamiento forzado y la guerra a ultranza les permitiría entrar muy rápidamente al río Coco y reconstruir sus comunidades, han callado durante largo tiempo algunas de sus críticas y sólo han jugado un papel de comparsa en las discusiones con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Y si bien es cierto que los miembros del consejo de ancianos tienen la intención de apoyar a los comandantes, también son de la idea de ver que se les reconozcan poderes propios. Hay incluso sectores de los aliados, en particular en el seno del Departamento de Estado, así como entre las Fuerzas Armadas Hondureñas, que, fatigados de la “guerra de los jefes” y de sus prebendas, desean una reforma en el interior de la guerrilla misquita y, más generalmente, de la *contra*.

Un último elemento juega en favor de los *rungueros*: su conocimiento de primera mano de los teatros de operaciones de la guerrilla, y sus contactos informales con MISURASATA-ARDE. En efecto, muchos en el seno de la guerrilla, así como entre los refugiados, comienzan a temer que la suspensión de la ayuda estadounidense sea el inicio de un abandono generalizado. Los *rungueros* parecen los más adecuados para organizar un desplazamiento masivo de los guerrilleros hacia los escondites en la propia Nicaragua y para entrar oficialmente en contacto con los hombres de Brooklyn Rivera.

En ese contexto tiene lugar la exposición del comandante *Mono*. Al principio él y sus hombres de confianza plantean problemas puramente militares, y una vez reconocido lo bien fundado de sus críticas sobre esos temas, tratan de cuestiones más políticas, así como de los lazos establecidos para sobrevivir en situación de guerra devienen redes de influencia política. El papel de las *ligas* es fundamental, pues las primeras críticas en contra de Fagoth surgieron en el seno de grupos muy pequeños en los que reinaba la confianza entre iguales: las redes familiares y las *ligas*. Sobre la base de la confianza otorgada a unos jefes que se han revelado capaces de sacarlos de las peores situaciones militares, los guerrilleros se alinean tras ellos para una lucha que, esta vez, es política. Asimismo, el aura religiosa de alguien como *Mono* le vale la confianza y el apoyo de un reverendo particularmente influyente como Tillith Mollins y el de muchos otros pastores.



La decisión de los jóvenes activistas de MISURASATA de lanzarse en operaciones de armas contra el régimen sandinista se enmarca en la prolongación de dos tradiciones político-militares: los combates de los misquitos contra los españoles a todo lo largo de la Colonia y la guerra de guerrillas de los sandinistas inmediatamente después de la revolución cubana. Eso fue posible gracias a la ayuda estadounidense a los opositores de los sandinistas. Aunque no se podría hacer abstracción de ese contexto, es conveniente comprender las interacciones concretas que constituyeron las experiencias de los guerrilleros misquitos. Al tomar en cuenta esas interacciones uno ve un mundo en movimiento y en constante reestructuración. Si bien es cierto que los jóvenes misquitos se inspiran en esas dos tradiciones, también lo es que las reinventan constantemente. Por lo demás, la decisión de la acción armada los instala en una situación de incertidumbre que habría de pesar sobre el curso de los acontecimientos posteriores. La descripción de los juegos de poder nos permite comprender cómo el poder carismático depende de las situaciones, así como su fragilidad, y cómo en el mejor de los casos se crearon los contrapoderes en el seno de una organización armada con estructuras autoritarias. 